

al foso. No obstante, el terrible fuego de la plaza, rivalizando los oficiales de artillería en bravura con los de ingenieros, continuaron su obra de demolición, y el día 10 declaróse practicable la brecha. El mariscal Soult, que acababa de recibir de Andalucía y de Portugal noticias todavía mas alarmantes, no quiso perder momento, é hizo intimar la rendición al gobernador que habia sucedido al valiente Menacho, muerto durante el sitio. Este gobernador conocia el peligro de la resistencia, pero trataba de alargar las pláticas ó parlamentos, por tener informes de que el ejército británico se aproximaba. No pensando el mariscal Soult en dejarse atraer á engaño, ordenó para las cuatro de la tarde el asalto. Con este fin se prepararon en las trincheras las columnas de ataque, y prontas estaban á lanzarse á la brecha, cuando se vió flotar una bandera blanca en señal de la rendición de la plaza.

No lisonjeándose los españoles de resistir á la intrepidez de nuestros soldados, habian consentido en rendirse, sin embargo de contar con prontos socorros. Nuestras tropas entraron en Badajoz al dia siguiente 11 de marzo con los dos mariscales Soult y Mortier á su cabeza. Se hicieron siete mil ochocientos prisioneros, y se encontraron en los almacenes mucha artillería y mucha pólvora y dos trenes de puente, hallazgo que fuera muy precioso para el ejército algunos dias antes. Esta conquista habia costado cuarenta y dos dias de trinchera abierta, tiempo muy largo si se compara al de la duración de los sitios de Ciudad Rodrigo, de Lérida, de Tortosa y aun á la del de Tarragona que poco despues se llevó á remate.

Apenas el mariscal Soult dedicó dos dias al cuidado de disponer que se reparara, armara y avituallara á Badajoz, para hacer frente á los ingleses, pensó en trasladarse á Cádiz, zozobroso como estaba sobre lo que acentecia hácia aquel punto. Al mariscal Mortier dejó cerca de siete mil quinientos hombres de infantería, seiscientos de caballería, algunos centenares de artillería y de ingenieros, no ascendiendo en totalidad á mas de nueve mil soldados, con el encargo de poner á Badajoz en completo estado de defensa y de guardar la frontera de Extremadura hasta donde le fuera posible, metiéndose en las plazas españolas y portuguesas que acababan de ser conquistadas, si no tenia otro recurso. Entrado el mariscal Soult en Badajoz el 11, salió el 13 para Sevilla con unos siete mil hombres, á fin de ir en ayuda del mariscal Victor, que segun rumores, habia tenido que sostener un encuentro de los mas rudos contra los ingleses. Véase con efecto lo que en las cercanías de Cádiz habia acontecido.

Temerosos siempre los ingleses de la concentracion de nuestras fuerzas sobre el Tajo, resolvieron moverse de tal modo entre Murcia, Granada, Gibraltar y Cádiz que, retenidos en Andalucía los franceses, no se atrevieran á abandonarla, aundespues de que Badajoz cayera en sus manos. Sobre estar el plan muy bien concebido, les facilitaron singularmente su ejecucion multiplicadas faltas nuestras. Despues de prepararlo todo Murat en Nápoles para un desembarco en Sicilia, no hallándose con medios bastantes, aplazó la operacion proyectada, lo cual se concibe perfectamente; pero en vez de mantener su ejército siempre unido cer-

ca del estrecho de Mesina, cometió el yerro de dispersarle y de volver á Nápoles en persona, anunciando el abandono del proyecto de desembarco; yerro que Napoleon habia censurado severamente y que dejó á los ingleses en libertad de destacar cuatro ó cinco mil hombres de sus mejores tropas y de enviarlas á Gibraltar. Estas tropas, unidas á otras que ya estaban en igual punto, y á parte de la guarnicion de Cádiz, mostráronse en el campo de San Roque en número de ocho á nueve mil ingleses y como de doce mil españoles, que componian así un ejército de cerca de veinte mil soldados. No fuera tanto el peligro si en esta reunion de fuerzas se contarán únicamente españoles, tan poco temibles en campo raso como valerosos en la defensa de las plazas; pero la presencia de ocho ó nueve mil ingleses hacia el nuevo ejército imponente, y se necesitaba no menos que la incorporacion del general Sebastiani al mariscal Victor para hacerle cara. Desgraciadamente, á tenor del plan de los anglo-españoles, apareció el general Blake muy inquieto por la parte de Murcia y atrajo al general Sebastiani, quien se dirigió allí dejándose coger en el lazo y no envió mas que una débil columna de algunos centenares de hombres á Tarifa y otra de mil doscientos á mil quinientos á Ronda. Aisladas y privadas de direccion estas columnas no podian prestar al mariscal Victor ningun socorro.

El ejército anglo-español, salido de Gibraltar, debia fingir una marcha hácia Medina-Sidonia, como si tratara de penetrar en lo interior de Andalucía, y de revolver despues sobre la isla de Leon de repente, cayendo contra el mariscal Vic-

tor por la espalda, mientras la guarnicion, que habia quedado en Cádiz le atacara de frente y procurara apoderarse de todos los pequeños campamentos que formaban la linea de acometida. Además la flota debia intentar al propio tiempo desembarcos en la rada para tomar los reductos levantados por el mariscal Victor á lo largo del mar.

Este plan fué seguido perfectamente, y á no ser por la energía del mariscal Victor nos pudiera traer muy infaustas resultas. Obligado á guardar sus principales reductos, á escalonar algunas tropas entre Cádiz y Sevilla, debilitado por las enfermedades estivales, no tenía disponibles el mariscal Victor mas que ocho mil hombres. Dejando la menor gente posible en los diversos puestos de la linea de acometida, dirigió dos mil quinientos hombres de la division de Villatte hácia Sancti Petri, para repeler en la isla de Leon á la guarnicion de Cádiz, que mostraba traza de lanzarse á una salida, y con cinco mil hombres de las divisiones de Leval y de Ruffin que le quedaban y con quinientos caballos, marchó por su izquierda en direccion de Gibraltar al encuentro del ejército contrario sin saber cual era su fuerza.

Durante este tiempo los anglo-españoles, despues de hacer una demostracion hácia Caja-Vieja, camino de Medina-Sidonia, revolvieron sobre la orilla del mar y se encaminaron por Conil y la Torre de Barroso hácia Sancti Petri, donde esperaban darse la mano con la guarnicion de la isla de Leon, para caer de seguida sobre los franceses encerrados en sus lineas. Pero las combinaciones del mariscal Victor desbarataron todos estos cálculos.

Habiendo sorprendido el general Villatte el 3

de marzo á los españoles, que iban á echar un puente sobre la extremidad del canal de Sancti Petri y que ya lo habían pasado, los repelió á la isla de Leon con pérdida de cien muertos, cien ahogados y cerca de cuatrocientos prisioneros. Aceto continuo tomó posicion cerca del canal, esperando que apareciera el ejército inglés, á cuyo encuentro habia ido el mariscal Victor. Efectivamente se supo el 4 que caminaba á orillas del mar, y el 5 se le vió asomar sobre las arenosas cumbres, teniendo el mar á la espalda, hácia Sancti Petri la izquierda y la derecha hácia la Torre de Barroso. Si á la sazón dispusieran los franceses de fuerzas bastantes, este ejército fuera copado del todo, pues acometido de frente por el mariscal Victor y arrinconado hácia el mar de resultas, sin mas salida que el canal guardado por el general Villatte, viérase reducido á capitular por carecer de todo medio de retirada. Asi fueran de suma trascendencia cuatro ó cinco mil hombres del general Sebastiani que aparecieran en tal coyuntura, pues la rendicion de Cádiz se pudiera verificar sin tardanza.

No vaciló el mariscal Victor en tomar la ofensiva con los cinco mil hombres que tenia á sus órdenes el día 5 por la mañana. Dejando á su derecha al general Villatte, que ocupando las orillas del canal, atraía á su parte de las fuerzas enemigas, dirigióse prestamente á las alturas arenosas que ocupaban los anglo-españoles. Por desgracia, nuestra artilleria con malos tiros y atollándose en aquellas pantanosas arenas, no pudo prestar todos los servicios que debian esperarse. En quanto á la infanteria, formada en dos columnas á las órdenes de los generales Leval y Ruffin, atacó impetuosa-

mente las líneas inglesas, despues de sufrir mortífero fuego á boca de jarro. Arrolló la primera línea sobre la segunda, mas se detuvo al ver que necesitaba romper otras líneas, porque descuidando los anglo-españoles al general Villatte, se fueron á acumular unos tras otros, y presentaban cuatro líneas paralelamente formadas. No habia probabilidad de batir con cinco mil á veinte mil hombres, y menos contándose nueve mil ingleses entre ellos. Por otra parte, si el enemigo tuvo cerca de dos mil hombres muertos ó heridos, nosotros tuvimos alrededor de mil doscientos y corríamos gran peligro, encarnizándonos en continuar la pelea. De consiguiente el mariscal Victor tomó posicion algo detrás, aguardando al general Villatte, á quien habia llamado, y dispuesto, á pesar de todos los peligros, á renovar la lucha, si el ejército desembarcado trataba de abandonar la playa para penetrar en lo interior de Andalucía.

Dos dias permanecieron inmóviles los enemigos sin atreverse á empezar de nuevo el rudo combate que habian tenido que sostener y temerosos ademas de ser precipitados al mar, si el mariscal Victor recibia socorros. Asi acabaron por emprender la retirada, renunciando á hacer levantar el sitio de Cádiz. En este extraño suceso perdimos cinco piezas de artilleria atascadas en las arenas y privadas de sus caballos muertos á fusilazos, bien que no se las llevó el enemigo. Dos reductos guardados cada uno por veinte hombres, nos quitó la escuadra inglesa, mas los recuperamos á los dos dias.

Cuando el mariscal Soult estuvo de vuelta en Andalucía, hallólo todo reparado, el sitio de Cádiz

mantenido, si bien frustrado el mas decisivo triunfo, por no haber sabido incorporar el general Sebastiani al mariscal Victor á tiempo. Asi por una serie de faltas, en las cuales tocaba á Massena la menor parte de seguro, aun cuando hubiera predisposicion á atribuirle todos los reveses de esta campaña, se debian haber tomado, pero no se tomaron Lisboa y Cádiz, y lejos de expulsar de la Peninsula á los ingleses, dejábaseles dueños de Portugal y en aptitud de disputarnos hasta la Andalucía.

Realmente el mariscal Soult, á pesar de la toma de Badajoz, á pesar de la energía desplegada en el combate de Barroso, se hallaba en la posición mas crítica. Despues de los combates que habia dado, apenas tenia el mariscal Victor con que sostener el bloqueo de Cádiz: el mariscal Mortier, dejado en Badajoz con algunos miles de hombres, estaba reducido á la necesidad de encerrarse allí ó de alejarse: Badajoz, recientemente asediada y ocupada por los franceses, iba á ser inmediatamente asediada y probablemente recuperada por los ingleses, si no se enviaba de socorro un ejército capaz de mantener la campaña; por fin, el mariscal Soult no tenia á sus órdenes mas que siete ú ocho mil hombres llevados de Extremadura y llegados cerca de Cádiz á tiempo en que no hacian ya falta. ¿De dónde sacaria con qué elevar este débil cuerpo á las proporciones de un ejército para tornar á Extremadura y recoger el destacamento del mariscal Mortier, que debia estar reducido á número escaso despues de proveer de guarnición á Badajoz? En el cuarto cuerpo se debieran buscar evidentemente estos refuerzos, mas ¿cómo este

cuerpo obligado á guardar á Granada, á observar á Murcia, á auxiliar á Victor, hubiera podido además ofrecer al mariscal Soult los elementos de un ejército activo bastante fuerte para salvar á Badajoz?

Devorado de inquietudes el mariscal Soult, apresuróse á escribir al rey José, á quien tan poco habia contemplado, al mariscal Massena, á quien tan poco habia socorrido, pidiéndoles buenos oficios y socorros. Escribió á Paris con el fin de que se le restituyeran los batallones en marcha, retenidos por los ejércitos del Centro y del Norte, para que se le enviara un refuerzo de quince mil infantes y mil artilleros, para que se mandara, en fin, al ejército de Portugal, al cual no habia querido reunirse, que fuera á juntarsele en Extremadura.

Tal era, pues, el estado de las cosas en España, despues de tantas tropas enviadas al tiempo de la paz de Viena, despues de tantas esperanzas concebidas por Napoleon en Schœnbrunn mismo, despues de año y medio de esfuerzos de todas clases. Massena, que debia lanzar al mar á los ingleses, habia retrocedido de las líneas de Torres-Verdras á Castilla la Vieja, con un ejército consumido, desgarrado por la discordia, hambriento, sin zapatos, sin caballos, sin material. El mariscal Soult, partido con ochenta mil hombres hácia Andalucía, despues de no hallar dificultad alguna en Granada, ni en Córdoba, ni en Sevilla, despues de tener catorce ó quince meses para apoderarse de Cádiz, figuraba mas bien como sitiado que como sitiador delante de esta plaza, y aunque habia tomado á Badajoz, no tenia con que acudir en socorro de esta

conquista, que los ingleses amenazaban arrebatarle.

A Napoleon llevaba el general Foy la mayor parte de estas noticias. Personalmente fué bien acogido porque habia sabido agradar, pero muy mal escuchado cuando trató de defender á su general en jefe. Napoleon, que no hubiera debido achacar todos estos errores mas que á sí propio, director supremo de los sucesos, se los achacaba sin piedad á su ilustre lugarteniente, á quien debiera consolar en vez de agobiarle como pudiera un vulgo ciego, no juzgando mas que por los resultados, y no teniendo en cuenta para nada las circunstancias. ¿Por qué (repetia en cada una de estas entrevistas) dar la batalla de Busaco? ¿Por qué marchar sobre Lisboa en vez de hacer alto en Coimbra? ¿Por qué permanecer tan largo tiempo junto al Tajo sin hacer nada, sin tratar de atraer á los ingleses para batirlos en campo raso? ¿Por qué abandonar el Tajo, cuando el mariscal Soult iba á estar en proporción de marchar sobre Abrantes? ¿Por qué retroceder tan pronto y tan lejos? ¿Por qué no detenerse á lo menos junto al Mondego...? Ya hemos referido la mayor parte de estos cargos y demostrado su valor. Si Massena dió la batalla de Busaco, fué porque Napoleon no cesó de repetirle que era menester arrojarse sobre los ingleses á la primera coyuntura y *no guardarles ningun respeto*. Si no se detuvo en Coimbra, fué porque Napoleon le intimó que los persiguiera hasta el mar, porque se ignoraba que existiesen las formidables líneas de Torres-Vedras, lo cual hubiera debido saber Napoleon situado en el centro de las noticias de toda Europa, y era muy excusable que se ignorara

por Massena en España y pudiendo apenas ilustrarse de lo que sucedia á tres ó cuatro leguas de su campamento. Si se decidió á permanecer junto al Tajo, fué porque esperó recibir allí al general Drouet con quince ó veinte mil hombres y al mariscal Soult con veinte ó veinte y cinco mil; fué porque esperó con este doble refuerzo pasar el Tajo y atacar á Lisboa por ambas orillas. Si estuvo allí muchos meses fué porque Napoleon le previno que perseverara allí lo mas posible. Si no hizo nada fué porque entre el Tajo, que no podia cruzar, y las líneas inglesas, que no podia forzar tampoco, no era fácil que hallara que hacer algo útil ó grande; porque atraer fuera de su formidable asilo á un general tan precavido como lord Wellington, era mas fácil de decir en el salon de las Tullerías que de ejecutar delante de Torres-Vedras; porque no tenia Massena cartuchos mas que para una batalla, y porque los soldados, valientes como eran y todo, no querian que se prodigase su vida en combates diarios, cuya inutilidad conocian hasta lo sumo. Si Massena se retiró tan pronto (no tanto que no estuviera allí seis meses) fué porque ya no tenia medios de vivir junto al Tajo; porque el socorro de Drouet se habia reducido á siete mil hombres, prontos á marcharse todos los dias, y el del mariscal Soult á un cañoneo contra Badajoz que se habia oido un momento y cesado de oír de seguida. Si el movimiento sobre el Mondego se convirtió en una retirada definitiva á Castilla la Vieja, fué porque los lugartenientes de Massena casi se coaligaron para hacerla inevitable.

Sin duda Massena erró en no avalorar bien los medios de pasar el Tajo por la embocadura del Al-

viela, pero el mismo general Eblé cayó en el engaño, y aun Napoleon se equivocó en Essling sobre los medios de pasar el Danubio. Verdad es tambien que por no haber distribuido bien Massena sus tropas con cabal firmeza en la retirada, se malograron dos ocasiones de maltratar cruelmente á los ingleses. Estos cargos eran fundados, aun cuando Napoleon ignorara que lo fuesen, por serle desconocidos los hechos; pero ¿qué general, aun el mas afamado, no los ha merecido semejantes? Probabilísimo es que Napoleon no se hubiera engañado acerca de las ventajas de la isla situada en la embocadura del Alviela, y que pasara el Tajo por este punto: con veinte mil hombres á sus órdenes inmediatas abrumara sin duda á los ingleses en Redinha; pero Massena no era Napoleon, se podia decir con fundamento, y semeja que, al enviarle á Portugal, no entendió enviarse á si propio; y en todo caso ¿por qué no fué en persona, cuando tantos, y Massena el primero, le decian que solo él era capaz de llevar á buen término la guerra de España? No era, pues, ni justo, ni generoso, ni político abatir á Massena, y menos cuando la raiz de todo el mal arrancaba de las ilusiones que en París se complacian en forjarse, y que hacian que cuando se contaban setenta mil hombres no hubiera realmente mas que cincuenta mil á la entrada en campaña; que los medios de transporte y los víveres de continuo prometidos, de continuo anunciados, se redujeran á la nada; que el general Drouet, enviado como un gran socorro, se convirtiera en un peligro; que el paso del Tajo, recomendado como decisiva maniobra, fuera casi imposible, aun despues del prodigio del tren de puen-

te sacado de la nada; que la llegada del mariscal Soult con veinte mil hombres, ordenada para que tuviera lugar en todo enero, se redujese en marzo á siete ú ocho mil que no pasaron de Badajoz y obligados luego de asomar un instante, á retornar presurosamente á Sevilla.

Sin tomar en cuenta ninguna de estas verdades, mostróse Napoleon aun mas severo que la primera vez respecto del mariscal Massena, é intimidado el general Foy defendiéndole con menos celo. Despues de nuevas y numerosas entrevistas con el general y otros oficiales recién llegados, Napoleon expidió las órdenes siguientes á sus generales con mando en España.

Reconociendo la imposibilidad de hacer que Ney sirviera á las órdenes de Massena, le llamó á su lado, con la prevision de que pronto necesitaria emplear en otra parte su energía y talento, y nombró en su lugar al mariscal Marmont, duque de Ragusa; y así cayó otra vez en la falta de colocar mariscales á las órdenes de mariscales. Verdad es que el mariscal Marmont, antiguo oficial del ejército de Italia, muy deferente hácia Massena, hombre de ingenio, afable, franco, aunque dotado de brillante denuedo, podia ser para el general en jefe del ejército de Portugal un lugarteniente sumiso y en caso de necesidad un útil sustituto. Napoleon le ordenó partir á fin de que se ocupara sin demora en rehacer el sexto cuerpo, tarea de que era muy capaz, figurando como entendidísimo en la organizacion de las tropas. Definitivamente incorporó al general Drouet al ejército de Portugal y previno al mariscal Bessieres que proveyera á este ejército de caballos, víveres y municiones, y le pusiera en

suma en disposición de ejecutar el primer designio de Massena, que era bajar por Plasencia y Alcántara al Tajo. Ignorando aun si seria posible hacer en Portugal una nueva campaña, consideraba Napoleon al ejército de Massena con los ojos fijos sobre lord Wellington de continuo, para oponérsele en Castilla, si permanecía junto al Mondego, en Extremadura, si bajaba el Tajo, y para darle batalla á la primera coyuntura, mientras el ejército de Andalucía llevaba á término el sitio de Cádiz. Si en el intervalo podia el general Suchet apoderarse de Tarragona y marchar sobre Valencia y señorearla, tomadas Cádiz y Valencia, gran parte del ejército de Andalucía y todo el ejército de Portugal podrian ir contra Lisboa. Aun habiéndose frustrado el plan de 1810, se habian ocupado todas las plazas de la frontera portuguesa, Ciudad-Rodrigo y Almeida al Norte, Badajoz y Olivenza al Mediodia; y si los ingleses intentaban penetrar en España por entre esta línea de fortalezas hácia Castilla ó Extremadura, reforzado y avituallado Massena debia presentarles batalla, era muy capaz de ganarla y podia mudar en un dia el semblante de las cosas, pues una sola derrota ponía en extremo peligro á los ingleses. Asi, aun mostrándose injusto Napoleon respecto de este mariscal ilustre, sabia muy bien que era el único á quien se pudiera encomendar una gran operacion de guerra, sobre todo desde que Kleber habia muerto y Moreau estaba desterrado.

Pero, mientras con inagotable fecundidad de talento y por desgracia tambien con igual copia de ilusiones, recomponia Napoleon todos sus planes, previó, aun antes de que le llegaran correos de

Andalucía, los apuros en que el mariscal Soult iba á hallarse. Con efecto, no era probable que el ejército del mariscal Massena pudiera antes de un mes trasladarse al Tajo, y en el interin todo hacia presagiar que los ingleses se encaminarian en masa á Extremadura para recuperar á Badajoz, ó al menos enviarian hácia este punto un grueso destacamento, al cual el mariscal Soult se hallaria en la imposibilidad de oponer resistencia. Asi Napoleon, mandando esta vez con un vigor que no acreditaba ya casi cuando se trataba de España, tan aburrido estaba de ella y tanto temia expedir á tal distancia órdenes absolutas, previno al ejército del Norte y al ejército del Centro que despacharan al punto socorros hácia Andalucía. Al general Belliard, que á las órdenes de José dirigia los movimientos del ejército del Centro, le mandó que restituyese al mariscal Soult todos los destacamentos de su pertenencia; igualmente ordenó al mariscal Bessieres, gefe del ejército del Norte, que hiciera partir todos los batallones correspondientes al cuarto, primero y quinto cuerpo, los cuales, segun se sabe, componian el ejército de Andalucía. Ya habia encaminado á Castilla una division de reserva formada de los batallones en marcha y destinados á completar los ejércitos de Andalucía y Portugal: no retenerla recomendó á Bessieres, haciéndole notar que podia debilitarse sin peligro, pues estaba cubierto hácia Castilla la Vieja por el retorno del ejército de Massena á esta provincia. Al mayor general Berthier prescribió que redactara estas órdenes en la forma mas absoluta, añadiendo que los gefes militares encargados de ejecutarlas, serian declarados en estado de grave desobediencia y castigados

como tales, si no las ejecutaban de la manera mas inmediata y completa. Calculaba que estas providencias proporcionarian al mariscal Soult un pronto socorro de doce á quince mil hombres, lo cual le permitiria reparar las pérdidas sufridas por el primer cuerpo, reforzar tambien el quinto, oponer alguna resistencia á los ingleses en la frontera de Extremadura y aguardar á que Massena pudiera marchar contra lord Wellington, si este habia dejado el Norte de Portugal por el Mediodía.

Estas órdenes despachadas á fines de marzo no se podian ejecutar del todo hasta fines del mes siguiente ó á principios de mayo, y era de temer que antes de esta época sobrevinieran graves sucesos en la frontera de Castilla la Vieja ó en la Extremadura. Efectivamente, lord Wellington, despues de superar grandes dificultades, ora con el gobierno portugués, ora con el gobierno británico, mientras estuvo arrimado á las líneas de Torres-Vedras, se hallaba en posicion muy diferente desde la retirada de Massena. Obligados se habian visto ingleses y portugueses á reconocer que él solo tuvo razon contra todos, que él solo comprendió la clase de guerra que convenia oponer á los franceses en España, y que en las líneas de Torres-Vedras creó el único obstáculo ante el cual la fortuna de Napoleón pudiera verse constreñida á pararse. Su papel, ya de mucha monta, agrandóse de repente á los ojos de sus auxiliares y de sus compatriotas. Mientras Massena, que bajo todos aspectos fué digno adversario suyo, no encontraba mas que injusticia, censura, enojo, lord Wellington, muy contrariado un momento en sus planes, alcanzaba la justicia que impone el triunfo, que á veces ha-

cen aguardar los países libres, pero que otorgan tarde ó temprano, porque la contradiccion les ilustra, al par que muy frecuentemente irrita en vez de ilustrar á los soberanos acostumbrados á gozar de una autoridad absoluta. Aun cuando lord Wellington no hubiera conseguido ninguna victoria decisiva, aunque no hubiera sacado otra ventaja que la de impulsar á los franceses á alejarse de sus líneas, vió á la oposicion toda entera por órgano de lord Grey, rendir homenaje á sus combinaciones, y declarar que habia desmentido todas las zozobras, superado todas las esperanzas y cambiado completamente el semblante de las cosas con su teson en mantenerse en las líneas de Torres-Vedras. A partir desde este momento la situacion de los dos partidos de la guerra y de la paz vino á ser en el parlamento británico muy otra, y en vez de hallarse casi equilibrado de fuerzas, tomó el de la guerra un irresistible ascendiente y conquistó el poder del todo. Sin duda los sufrimientos mercantiles todavia eran grandes, los apuros rentísticos siempre embarazosos; pero la ansiedad que tenia á los ánimos en continua alarma se habia desvanecido y no se recelaba ya ver al ejército inglés lanzado al mar ó destrozado. El príncipe de Gales, que deseaba nombrar otro ministerio, aguardando solo á que se declarara duradera la enfermedad de su padre, no pensó ya en tal cosa, aun habiendo dado los médicos por incurable la enfermedad de Jorge III. Acostumbrado poco á poco á los ministros á quienes al principio no estimaba, dispensado de miramientos respecto de la oposicion que no se los guardaba tampoco, confirmado en su inclinacion á mantener el presente estado de cosas por

el triunfo del partido de la guerra, no pensaba ya mas que en sostener á M. de Perceval y sus colegas ni mas ni menos que lo hubiera podido hacer Jorge III. Habiase disipado la eventualidad excelente que á Napoleon se habia presentado, y lord Wellington colmado de homenajes veia caer todos los obstáculos que delante de él habian cerrado por un momento el camino de la fortuna. Con su ejército principal habia seguido al mariscal Massena los pasos hasta la frontera de Castilla la Vieja, y con las tropas del general Hill habia enviado al mariscal Beresford á hacer frente al ejército de Andalucía. Interin el grueso de sus fuerzas permaneciera á la vista de las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, se proponia ir con el resto á reconquistar á Badajoz y á volver las cosas á su antiguo estado en Extremadura. Los socorros recibidos de Sicilia y de Inglaterra, consentianle atender á esta doble tarea sin peligro, á lo menos por algun tiempo. Tanto la extremada penuria de Castilla la Vieja, como la necesidad en que para vivir se habia hallado Massena de dividir las tropas, le daban esperanzas de embestir á Almeida y de recobrar solo por hambre esta plaza, que ya agotaba todas sus provisiones. En esta confianza creyó Wellington poderse alejar personalmente por algunas semanas, y se encaminó á Badajoz para dirigir por sí mismo las operaciones que iba á emprender hácia este punto.

No correspondian las miras del general inglés de una manera muy exacta á la situacion de las cosas en Extremadura y en Castilla la Vieja. Bien se puede hacer memoria de que, apresurándose Massena á poner su ejército en estado de operar de

nuevo, se habia trasladado personalmente á Salamanca. Por desgracia no estaba allí en su casa como el año antecedente, sino en la de un huésped muy expansivo, muy fecundo en promesas, que se agitaba mucho y hacia poco, no malévol, si aspirante á hacerse valer á costa ajena, y que en todo lo que se movia no daba de sí gran cosa. Véase en efecto á qué se reducía el resultado de las promesas del mariscal Bessieres desde que mandaba en las provincias del Norte. De las sumas debidas al ejército de Portugal habian llegado 3.000,000 á Salamanca. En vez de repartírselos á este ejército infortunado, cuyos oficiales tanto necesitaban de dinero, le envió el mariscal Bessieres 4.000,000 tan solo, tomó otro para pagar las provisiones y guardó el tercero, para atender, segun decia, á los casos imprevistos, comprometiéndose á devolverlo pronto con los recursos que debia recibir de Burgos y Bayona. Y aun si hubiera cumplido lo que anunciaba en premio de este préstamo forzoso, no quedara sin compensacion el perjuicio. Mas véase lo que produjo el millon gastado. Prometido habia el mariscal Bessieres diez y ocho mil fanegas de trigo, de las cuales decia tener diez mil en Salamanca, seis mil camino de Ciudad-Rodrigo y dos mil próximas á ser entregadas. Al par ofreció medios de trasporte para estas provisiones y ademas galleta, mulas, caballos, y por último un socorro de ocho á diez mil hombres entre infanteria y caballeria tan luego como aparecieran los ingleses. Pero en vez de diez mil fanegas solo seis mil estaban juntas en Salamanca y ni una sola camino de Ciudad-Rodrigo; no se habia oido hablar de las que debian ser entregadas; no habia galleta,